

Richard J. Evans
El Tercer Reich
en guerra



Richard J. Evans
El Tercer Reich
en guerra

TRADUCCIÓN DE MIGUEL SALAZAR

ediciones península

Título original: *The Third Reich at War*

© Richard J. Evans, 2008
Todos los derechos reservados

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Primera edición: abril de 2011
Primera edición revisada: octubre de 2012
Primera edición en este formato: febrero de 2017

© de la traducción del inglés: Miguel Salazar Barroso, 2011

Mapas al cuidado de Andras Bereznay

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2017
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Book Print Digital- impresión
Depósito legal: B. 980 - 2017
ISBN: 978-84-9942-568-9

© de las fotografías: ARG, Londres: fotos 3, 4, 91 14, 35, 37; Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz: 13, 26, 34, 40, 41; Bundesarchiv, Coblenza: 8, 15, 18, 23, 32; Corbis: 2, 5, 7, 17, 19, 21, 36, 38, 39; Kunstverlag Peda: 10; Arno Breker por Marco VG (Museum Arno Breker, Bonn): 11; Staatsarchiv, Munich: 28; The Weiner Library, Londres: 16.

Se ha intentado localizar a todos los propietarios de los derechos de las imágenes, pero no siempre ha sido posible. En caso de recibir notificación, los editores rectificarán toda omisión en cuanto sea posible.

ÍNDICE

Lista de ilustraciones	11
Lista de mapas	15
Prefacio	17
I. «BESTIAS CON FORMA HUMANA»	23
Victoria relámpago	25
El nuevo orden racial	55
«Una miserable ralea»	79
«Vida indigna de ser vivida»	111
2. LA SUERTE DE LA GUERRA	149
«La obra de la Providencia»	151
«Ambición patológica»	197
Operación Barbarroja	223
Tras las huellas de Napoleón	253
3. «LA SOLUCIÓN FINAL»	283
«Ninguna piedad, nada»	285
Emprender el genocidio	315
La Conferencia de Wannsee	337
«Como ovejas al matadero»	365
4. «EL NUEVO ORDEN»	411
El nervio de la guerra	413
«A los cerdos no los tratan peor»	443
Bajo la férula nazi	477
Guerra total	513

ÍNDICE

5. «EL PRINCIPIO DEL FIN»	549
Alemania en llamas	551
La larga retirada	591
«Se han abierto las puertas del infierno»	611
Un nuevo «tiempo de lucha»	641
6. ACTITUDES MORALES ALEMANAS	681
Miedo y culpa	683
Culturas de destrucción	711
Ciencia mortífera	747
Resistencia	773
7. LA CAÍDA	813
«Una última chispa de esperanza»	815
«Arrastraremos a todo un mundo con nosotros»	853
La derrota final	897
Después de la guerra	925
Notas	957
Bibliografía	1075
Índice analítico	1131

VICTORIA RELÁMPAGO

I

El 1 de septiembre de 1939, la primera de un total de sesenta divisiones de tropas alemanas cruzó la frontera del Tercer Reich con Polonia. Sumando cerca de un millón y medio de efectivos, solamente se hizo un alto para permitir que los camarógrafos de los noticiarios documentales del Ministerio de Propaganda de Joseph Goebbels filmasen a soldados sonrientes levantando las barreras de la aduana. El avance estaba encabezado por carros de combate pertenecientes a cinco divisiones blindadas del ejército alemán, con unos 300 tanques cada una, con el apoyo de cuatro divisiones de infantería completamente motorizadas. Detrás marchaba el grueso de la infantería, junto con la artillería y el material para cuyo transporte se usaban sobre todo caballos; unos 5.000 para cada división sumando por lo menos un total de 300.000 animales. Por impresionante que fuera, la tecnología decisiva desplegada por los alemanes no estaba en tierra, sino en el aire. La prohibición impuesta por el Tratado de Versalles sobre los aviones alemanes militares supuso que la fabricación de la fuerza aérea tuviera que dar comienzo prácticamente desde cero, cuando Hitler rechazó las cláusulas correspondientes de dicho tratado tan sólo cuatro años antes del estallido de la guerra. Los aviones alemanes no sólo eran de fabricación moderna, sino que habían sido comprobados y puestos a prueba con éxito en la Guerra Civil española por la Legión Cóndor alemana, muchos de cuyos veteranos pilotarían los 897 bombarderos, 426 aviones de caza y varios aviones de reconocimiento y transporte que ahora se hacían con el control aéreo de Polonia.¹

Estas fuerzas masivas se enfrentaron a los polacos en una proporción abrumadora. Confiando en que la invasión fuera detenida

por la intervención anglo-francesa, y preocupado por no incomodar a la opinión mundial al provocar en apariencia a los alemanes, el gobierno polaco demoró la movilización de sus fuerzas armadas hasta el último minuto. En consecuencia, estaban mal preparadas para resistir la invasión repentina, ingente, de tropas alemanas. Los polacos podían reunir 1,3 millones de hombres, pero poseían pocos carros de combate y escaso material moderno. Las divisiones blindadas y motorizadas alemanas sobrepasaban en número a sus homólogas polacas en una proporción de 15 a 1 en el conflicto. La fuerza aérea polaca podía desplegar sólo 154 bombarderos y 159 aviones de caza contra los invasores alemanes. La mayor parte de la fuerza aérea, en especial los aviones de caza, estaba obsoleta, mientras que las brigadas polacas de caballería apenas habían empezado a abandonar sus caballos para sustituirlos por vehículos a motor. Lo más probable es que no sean ciertas las historias de escuadrones polacos de caballería cargando quijotescamente contra unidades alemanas de carros de combate, pero la disparidad de recursos y materiales era a todas luces innegable. Los alemanes rodearon a los polacos por tres lados, tras su anterior desmembramiento de Checo-Eslovaquia a principios de aquel año. En el sur, el Estado cliente alemán de Eslovaquia proporcionó la base de operaciones más importante para la invasión, y ciertamente el gobierno eslovaco envió algunas unidades a Polonia junto a las tropas alemanas, tentado por la promesa de adueñarse de una pequeña cantidad de territorio una vez que Polonia hubiera sido derrotada. Otras divisiones alemanas entraron en Polonia por su frontera septentrional, desde Prusia Oriental, mientras otras divisiones marchaban desde el oeste, avanzando por el corredor polaco creado por el Tratado de Paz para dar a Polonia acceso al Báltico. Las fuerzas polacas se encontraban demasiados dispersas para defender todas las fronteras con eficacia. Mientras los bombarderos en picado Stuka atacaban desde lo alto a los ejércitos polacos desplegados a lo largo de la frontera, los carros de combate alemanes y la artillería penetraban en sus defensas, las disgregaban e interrumpían las comunicaciones. En el espacio de unos pocos días la fuerza aérea polaca había quedado expulsada de los cielos y los bombarderos alemanes procedían a destruir las fábricas polacas de armas, bombardeando a las

tropas en retirada y aterrorizando a la población de Varsovia, Lódz y otras ciudades.²

Sólo el 16 de septiembre de 1939, 820 aviones alemanes dejaron caer un total de 328.000 kilos de bombas sobre los polacos inermes, que poseían únicamente un centenar de baterías antiaéreas para todo el país. Los ataques aéreos causaron tal desmoralización que en algunas áreas las tropas polacas depusieron sus armas y los mandos alemanes sobre el terreno pidieron que cesaran los bombardeos. Una acción típica fue presenciada por el corresponsal americano William L. Shirer, que logró que le permitieran acompañar a las fuerzas alemanas en el ataque al puerto báltico polaco de Gdynia:

En materia de armas, los alemanes recurrían a todo tipo de ellas: artillería pesada, artillería ligera, tanques y aeroplanos. Los polacos sólo contaban con ametralladoras, fusiles y dos piezas antiaéreas que intentaban desesperadamente utilizar como artillería de campaña contra los nidos de ametralladoras y los blindados de los alemanes. Los polacos [...] habían transformado en fortalezas dos grandes construcciones —una academia de oficiales y la emisora de radio de Gdynia—, y disparaban fuego de ametralladora desde varias de sus ventanas. Tras media hora de combate, un proyectil alemán voló el tejado de la academia y la incendió. Después, la infantería alemana, apoyada por los tanques —o tal vez conducida por ellos, como daba la impresión a través de los prismáticos—, cargó colina arriba y rodeó el edificio. [...] Un hidroavión alemán de reconocimiento planeó por encima de la cresta localizando piezas de artillería. Más tarde se sumó a él un bombardero y los dos descendieron hasta muy baja altura para ametrallar las líneas polacas. Finalmente apareció un escuadrón de bombarderos nazis. Era una situación desesperada para los polacos.³

Acciones similares se repitieron en todo el país a medida que avanzaban las fuerzas alemanas. En una semana las fuerzas polacas se encontraban completamente desorganizadas, y su estructura de mando destruida. El 17 de septiembre, el gobierno polaco huyó a Rumanía, donde sus desventurados ministros quedaron recluidos de inmediato por las autoridades. El país se encontraba ahora sin liderazgo alguno. Un gobierno en el exilio, formado el 30 de septiembre de 1939 a iniciativa de los diplomáticos polacos en París y Londres, se mostró impotente. Un único contraataque furioso polaco, en

la Batalla de Kutno el 9 de septiembre, sólo consiguió retrasar el cerco a Varsovia por unos cuantos días a lo sumo.⁴

En la propia Varsovia, las condiciones se deterioraron con rapidez. Chaim Kaplan, un maestro de escuela judío, anotó el 28 de septiembre de 1939:

Los cadáveres de caballos no cesan. Quedan tirados en mitad de la calle y no hay nadie para retirarlos y despejar la vía. Han estado pudriéndose durante tres días y provocando náuseas a todos los transeúntes. Sin embargo, como hay tanta hambre en la ciudad, muchos se alimentan con la carne de los caballos. Cortan pedazos y se los comen para calmar su hambre.⁵

Un médico polaco, Zygmunt Klukowski, dejó constancia escrita de una de las descripciones más vívidas de las escenas caóticas que siguieron a la invasión alemana. Nacido en 1885, cuando estalló la guerra era director del hospital del condado de Zamość en la ciudad de Szczepieszyn. Klukowski llevaba un diario, que ocultaba en los rincones más inopinados de su hospital, como un acto de desafío y rememoración. Al final de la segunda semana de septiembre, prestó atención a los torrentes de refugiados que escapaban de la invasión de las tropas alemanas en mitad de la noche, una escena que se iba a repetir muchas veces, en muchas partes de Europa, en los años siguientes:

Toda la carretera estaba llena de convoyes militares, vehículos a motor de toda clase, carros tirados por caballos y miles de personas a pie. Todo el mundo se movía únicamente en una dirección: hacia el este. Cuando amaneció, una multitud de personas a pie y en bicicleta se añadieron al tumulto. Era completamente extraño. Toda esa multitud, presa del pánico, seguía adelante, sin saber hacia dónde o por qué y sin conocimiento alguno de dónde acabaría el éxodo. Numerosos automóviles, algunas limusinas oficiales, todos sucios y cubiertos de barro, estaban intentando adelantar a los convoyes de camiones y carros. La mayor parte de los vehículos tenían matrícula de Varsovia. Era triste ver a tantos oficiales de alto rango, como coroneles y generales, huyendo junto a sus familias. Muchas personas iban subidas a los techos y los guardabarros de los coches y los camiones. Muchos de los vehículos tenían rotos los parabrisas y las ventanas, desencajados los capós o las puertas. Moviéndose con mucha mayor lentitud había

toda clase de autobuses, los nuevos autobuses urbanos de Varsovia, Cracovia y Lódz, y todos ellos abarrotados de pasajeros. Después pasaban todo tipo de carros tirados por caballos con mujeres y niños, todos muy cansados, hambrientos y mugrientos. Las bicicletas las usaban sobre todo hombres jóvenes; sólo de forma ocasional se podía ver a alguna muchacha. A pie se desplazaba toda clase de gente. Algunos habían dejado sus hogares a pie; otros se vieron obligados a dejar sus vehículos abandonados.⁶

Calculó que así estaban huyendo hasta 30.000 personas del avance alemán.⁷

Lo peor estaba por llegar. El 17 de septiembre de 1939 Klukowski oyó un altavoz alemán en la plaza del mercado de Zamość anunciando que el Ejército Rojo, con el beneplácito alemán, había cruzado la frontera oriental de Polonia.⁸ No mucho antes de la invasión, Hitler se había asegurado de la no intervención del dictador ruso, Josef Stalin, con la firma de cláusulas secretas de un pacto germano-soviético el 24 de agosto de 1939 que estipulaba la partición de Polonia entre los dos Estados a lo largo de una línea de demarcación acordada.⁹ En las primeras dos semanas después de la invasión alemana, Stalin se había contenido mientras sacaba con dificultad sus fuerzas de un conflicto victorioso con Japón en Manchuria, que no concluyó hasta finales de agosto. Pero cuando quedó claro que la resistencia polaca se había quebrado, la cúpula soviética autorizó al Ejército Rojo a entrar en el país desde el este. Stalin estaba entusiasmado con aprovechar la oportunidad de reconquistar el territorio que había pertenecido a Rusia antes de la Revolución de 1917. Éste había sido objeto de una guerra enconada entre Rusia y el Estado polaco recién creado al finalizar la Primera Guerra Mundial. Ahora él podía recuperarlo. Enfrentadas a una guerra con dos frentes, las fuerzas armadas polacas, que no habían hecho ningún plan para tal eventualidad, resistieron hasta donde les resultó posible, de manera enconada pero por completo estéril, para intentar aplazar lo inevitable. Que no tardó en ocurrir. Aplastados entre dos ejércitos enormemente superiores, los polacos no tuvieron ninguna oportunidad. El 28 de septiembre de 1939 un tratado nuevo trazó la frontera final. Por entonces, el asalto alemán de Varsovia había concluido. 1.200 aviones habían dejado caer grandes cantidades de

bombas incendiarias y de otras clases sobre la capital polaca, levantando una cortina de humo gigantesca que hizo de la precisión algo imposible; a consecuencia de ello, muchos civiles murieron. En vista de lo desesperado de su situación, los mandos polacos de la ciudad habían negociado un alto el fuego el 27 de septiembre de 1939. 120.000 soldados de la guarnición de la ciudad se rindieron después de que les asegurasen que podrían regresar a casa tras un cautiverio breve y formal como prisioneros de guerra. Las últimas unidades militares polacas se rindieron el 6 de octubre de 1939.¹⁰

Éste fue el primer ejemplo todavía muy imperfecto de la «guerra relámpago», el *Blitzkrieg* de Hitler, una guerra de desarrollo rápido, conducida por carros de combate y divisiones motorizadas con apoyo de bombarderos para aterrorizar a las tropas del enemigo e inmovilizar sus fuerzas aéreas, aplastando a un adversario de mentalidad más convencional mediante la pura rapidez y la fuerza de un golpe decisivo contra las líneas enemigas. El éxito de la guerra relámpago se podía inferir a partir de las estadísticas comparativas de las pérdidas registradas en ambos bandos. En total los polacos perdieron a unos 70.000 soldados fallecidos en combate contra los invasores alemanes y otros 50.000 contra los rusos, con al menos 133.000 heridos en el conflicto con los alemanes y un número desconocido de bajas en el enfrentamiento contra el Ejército Rojo. Los alemanes tomaron como prisioneros a alrededor de 700.000 polacos y los rusos a otros 300.000. 150.000 soldados y aviadores polacos huyeron al exterior, especialmente a Gran Bretaña, donde muchos de ellos se alistarían en las fuerzas armadas. Las fuerzas alemanas sufrieron 11.000 muertos y 30.000 heridos, con otros 3.400 desaparecidos en combate; los rusos perdieron sólo a 700 hombres, con otros 1.900 heridos. Las cifras ilustraban gráficamente la naturaleza desigual del conflicto; sin embargo, al mismo tiempo las pérdidas alemanas estaban lejos de ser insignificantes no sólo en cuanto a personal, sino también, de forma más llamativa, en lo relativo a los materiales. No menos de 300 vehículos blindados, 370 cañones y otros 5.000 vehículos habían quedado destruidos, además de un número elevado de aviones, y esas pérdidas sólo se compensaban en parte con la captura o la rendición de equivalentes polacos (por lo general muy inferiores). Aquéllos eran modestos pero aun así malos presagios para el futuro.¹¹

Por el momento esos asuntos no preocupaban a Hitler. Él había seguido la campaña desde su cuartel móvil a bordo de un tren blindado estacionado primero en Pomerania, más tarde en la Alta Silesia, haciendo incursiones ocasionales en coche para ver la acción desde una distancia segura. El 19 de septiembre entró en Danzig, la ciudad antes alemana que se hallaba al amparo de la Sociedad de Naciones en virtud del Tratado de Paz, acogido por multitudes extasiadas de personas de ascendencia alemana que se mostraban exultantes ante lo que veían como su liberación del control extranjero. Tras dos breves vuelos para inspeccionar la destrucción de Varsovia causada por sus ejércitos y los aviones, regresó a Berlín.¹² No hubo desfiles ni discursos en la capital, pero la victoria fue recibida con una satisfacción general. «Todavía tengo que encontrar a algún alemán, incluso entre aquellos a quienes disgusta el régimen —escribió Shirer en su diario—, que vea algo malo en la destrucción alemana de Polonia».¹³ Agentes socialdemócratas informaron de que la gran masa de la población apoyaba la guerra en buena medida pensando que del fracaso de las potencias occidentales para ayudar a los polacos se desprendería que Gran Bretaña y Francia harían pronto un llamamiento por la paz, una impresión fortalecida por una «oferta de paz» de Hitler, proclamada a los cuatro vientos, dirigida a los franceses y a los británicos a principios de octubre. Aunque fue rechazada de inmediato, el mantenimiento de la inacción por parte de británicos y franceses mantenía vivas las esperanzas de que se les pudiera convencer para no entrar en guerra.¹⁴ Corrían entonces rumores de un tratado de paz con las potencias occidentales, e incluso éstos condujeron a manifestaciones festivas espontáneas en las calles de Berlín.¹⁵

Entretanto, la maquinaria propagandística de Goebbels se había aplicado con denuedo en convencer a los alemanes de que la invasión había sido inevitable a la luz de la amenaza polaca de genocidio contra la población de ascendencia alemana en su territorio. Ciertamente, el régimen nacionalista militar en Polonia había discriminado duramente a la minoría de ascendencia alemana en los años de entreguerras. Con la irrupción de la invasión alemana en septiembre de 1939, atenazado por los temores de sabotaje tras las líneas, el régimen había detenido a entre diez y quince mil personas de ascen-

dencia alemana y las había forzado a marchar hacia la parte oriental del país, golpeando a los rezagados y fusilando a muchos de quienes por agotamiento se daban por vencidos. Se produjeron asimismo ataques generalizados contra los integrantes de la minoría de ascendencia alemana, la mayor parte de los cuales no había hecho lo más mínimo para disimular su deseo de regresar al Reich alemán desde su misma incorporación forzada a Polonia al acabar la Primera Guerra Mundial.¹⁶ En total, alrededor de 2.000 integrantes de la minoría alemana perdieron la vida en fusilamientos en masa o murieron por agotamiento en las marchas. Se dio muerte a unos 300 en Bromberg (Bydgoszcz), donde los habitantes de ascendencia alemana de la localidad se habían levantado en armas contra la guarnición de la población, creyendo que la guerra prácticamente había finalizado, y habían muerto víctimas de los polacos enfurecidos. El Ministerio de Propaganda de Goebbels explotó cínicamente estos episodios para lograr el máximo de apoyo en Alemania durante la invasión. Muchos alemanes se convencieron. Melita Maschmann, una joven integrante de la Liga de Muchachas Alemanas, la sección femenina de las Juventudes Hitlerianas, quedó convencida de que la guerra estaba justificada moralmente no sólo a la luz de las injusticias de Versalles, que había cedido áreas germano-hablantes al nuevo Estado polaco, sino también por efecto de la prensa y de los reportajes de los noticiarios sobre la violencia polaca contra la minoría germano-hablante. Los polacos, creía ella, habían asesinado cruelmente a 60.000 personas de ascendencia alemana en el «Domingo sangriento» de Bromberg. Se preguntaba cómo era posible culpar a Alemania por intervenir para detener ese odio, semejantes atrocidades.¹⁷ Goebbels había calculado inicialmente el número total de personas de ascendencia alemana asesinadas en 5.800. No fue hasta febrero de 1940 cuando, probablemente cumpliendo instrucciones personales de Hitler, la cifra se elevó arbitrariamente a 58.000, como recordaría posteriormente de forma aproximada Melita Maschmann.¹⁸ La cifra no sólo convenció a la mayoría de alemanes de que la invasión había estado justificada, sino que además alimentó el odio y el resentimiento que la minoría de ascendencia alemana sentía en Polonia contra sus antiguos dominadores.¹⁹ Bajo las órdenes de Hitler, su rencor no tardó en ponerse al servicio de una campaña de limpieza

étnica y asesinatos en masa que superó con mucho cuanto hubiese sucedido después de la ocupación alemana de Austria y Checoslovaquia en 1938.²⁰

II

La invasión de Polonia fue ciertamente la tercera anexión victoriosa de territorio extranjero por parte del Tercer Reich. En 1938 Alemania se había anexionado la república independiente de Austria. Posteriormente en aquel año, había irrumpido sin oposición en las regiones fronterizas germano-hablantes de Checoslovaquia. Esos movimientos habían sido sancionados internacionalmente y, en conjunto, los habitantes de las áreas afectadas los habían acogido con agrado. Se podían interpretar como revisiones justificables del Tratado de Versalles, el cual había proclamado la autodeterminación nacional como un principio general pero se lo había negado a los germano-hablantes en esas zonas de Europa centro-oriental. Sin embargo, en marzo de 1939 Hitler había violado claramente los acuerdos internacionales del año anterior al entrar en el Estado residual de Checo-Eslovaquia, desmembrándolo y creando a partir de la parte checa el Protectorado de Bohemia y Moravia. Por vez primera el Tercer Reich se había hecho con el control de un área sustancial que no estaba habitada principalmente por alemanes. Éste fue de hecho el primer paso hacia la realización de un programa nazi largamente abrigado de creación de un nuevo «espacio vital» (*Lebensraum*) para los alemanes en la Europa centro-oriental y oriental, donde los habitantes eslavos serían reducidos al estatus de trabajadores esclavos y proveedores de alimento para sus señores alemanes. Los checos fueron tratados como ciudadanos de segunda clase en el nuevo Protectorado, y los que eran reclutados para los campos y las fábricas alemanes con objeto de procurar la imprescindible mano de obra se hallaban sometidos a un régimen legal y policial especialmente severo, más draconiano incluso que el que los propios alemanes estaban experimentando con Hitler.²¹

Al mismo tiempo, a los checos, junto con los eslovacos recién independizados (nominalmente), se les permitía contar con una ad-

ministración pública propia, con juzgados y otras instituciones. Algunos alemanes poseían cuanto menos cierto respeto por la cultura checa y la economía checa estaba ciertamente desarrollada. Las ideas de los alemanes acerca de Polonia y los polacos eran mucho más negativas. Austria, Prusia y Rusia se habían repartido la Polonia independiente en el siglo XVIII, y ésta únicamente había vuelto a existir como un Estado soberano al acabar la Primera Guerra Mundial. Durante todo ese período, los nacionalistas alemanes estaban convencidos en su mayor parte de que los polacos eran incapaces de gobernarse por una cuestión temperamental. «Economía polaca» (*Polenwirtschaft*) era una expresión común para designar el caos y la ineficacia, y los libros escolares de texto solían describir a los polacos como económicamente atrasados y atrapados en supersticiones católicas. La invasión de Polonia tenía poco que ver con la situación de la minoría de habla alemana allí residente, la cual constituía sólo el 3 por 100 de la población, a diferencia de la República Checoslovaca, donde las gentes de ascendencia alemana habían constituido casi una cuarta parte de la población. Secundados por una larga tradición de escritos y enseñanzas sobre el tema, los alemanes estaban convencidos de que habían cargado con el peso de una «misión civilizadora» en Polonia en el transcurso de los siglos y era momento de proseguirla una vez más.²²

Hitler no tenía gran cosa que decir acerca de Polonia y los polacos antes de empezar la guerra, y su actitud personal hacia ellos parecía en ciertos aspectos poco clara, a diferencia de su vieja antipatía hacia los checos, alimentada ya en la Viena anterior a 1914. Lo que ocupó su pensamiento y lo puso fuertemente en contra de los polacos fue el rechazo por parte del gobierno militar en Varsovia de hacer concesión alguna a sus demandas territoriales, a diferencia de los checos, quienes solícitos habían cedido bajo presión internacional en 1938, demostrando su voluntad de cooperar con el Tercer Reich en el desmembramiento y eliminación final de su Estado. Las cosas habían empeorado al negarse británicos y franceses a presionar a Polonia para que admitiera demandas como la devolución de Danzig a Alemania. En 1934, cuando Hitler había concluido un pacto de no agresión por espacio de diez años con los polacos, había parecido posible que Polonia pudiera convertirse en un Estado satélite dentro

de un orden europeo futuro dominado por Alemania. Pero en 1939 Polonia se había erigido en un serio obstáculo para la expansión del Tercer Reich hacia el este. Por consiguiente había que hacerla desaparecer del mapa y explotarla de manera implacable para financiar los preparativos de la guerra inminente en el oeste.²³

Todavía no se había tomado la decisión de cómo habría de hacerse, cuando el 22 de agosto de 1939, mientras se ultimaban los preparativos para la invasión, Hitler contó a sus generales al mando cómo imaginaba la guerra inminente con Polonia:

Nuestra fortaleza reside en nuestra rapidez y nuestra brutalidad. Con plena conciencia y el corazón alegre, Gengis Kan acabó con la vida de millones de mujeres y niños. La Historia lo contempla sólo como el glorioso fundador de un Estado [...]. He dispuesto —y haré fusilar a todo aquel que pronuncie la menor crítica— que el objetivo de la guerra sea no ya alcanzar líneas concretas, sino la aniquilación física del enemigo. Por tanto, he puesto en situación de combate a mis formaciones de la calavera [SS Totenkopf-Standarten], por el momento sólo en el este, con la orden de enviar a la muerte de forma implacable e inmisericorde a todo hombre, mujer y niño de origen y lengua polacos [...]. Polonia será despoblada y colonizada con alemanes.²⁴

Los polacos eran, como dijo a Goebbels, «más animales que hombres, extremadamente ineptos y sin criterio [...]». La suciedad de los polacos alcanza cotas increíbles». ²⁵ Polonia tenía que ser dominada de forma inmisericorde. «Los polacos», le dijo al ideólogo del Partido Nazi Alfred Rosenberg el 27 de septiembre de 1939, se componían de «una fina capa germánica: y por debajo un material espantoso [...]». La suciedad abunda en las ciudades [...]. Si Polonia hubiera continuado gobernando sobre los antiguos territorios alemanes durante unas pocas décadas más, todo se hubiera llenado de piojos y podredumbre. Lo que ahora se necesitaba era una mano con pulso firme para gobernar». ²⁶ La confianza de Hitler creció rápidamente a medida que los días y las semanas transcurrían sin señales de una intervención efectiva de los británicos y los franceses en ayuda de los polacos. El éxito de los ejércitos alemanes no hacía sino aumentar en Hitler su sentimiento de invulnerabilidad. En la creación del Protectorado de Bohemia y Moravia, el rol principal lo habían desem-



1. Polonia y Europa centro-oriental bajo el Pacto Germano-Soviético, 1939-1941.

peñado consideraciones de orden estratégico y económico. Sin embargo, al hacerse con el control de Polonia, Hitler y los nazis estaban por primera vez preparados para poner en práctica su ideología racial en toda su expresión. La Polonia ocupada iba a convertirse en el banco de pruebas para la creación del nuevo orden racial en la Europa centro-oriental, un modelo que Hitler tenía intención de aplicar a continuación en el resto de la región; en Bielorrusia, Rusia, los Estados bálticos y Ucrania. Iba a mostrar lo que el concepto nazi de un nuevo «espacio vital» para los alemanes en el este significaría realmente en la práctica.²⁷

A principios de octubre de 1939, Hitler había abandonado su idea inicial de permitir a los polacos gobernarse en un Estado residual. Grandes pedazos de territorio polaco habían sido anexionados por el Reich para formar los nuevos distritos pertenecientes al Reich de Danzig-Prusia Occidental, gobernado por Albert Forster, dirigente en Danzig del Partido Nazi, y Posen (pronto rebautizado Wartheland), bajo el mando de Arthur Greiser, antes presidente del Senado de Danzig. Otros territorios de Polonia se añadieron a los distritos existentes del Reich de Prusia Oriental y Silesia. Estas medidas extendieron las fronteras del Tercer Reich entre 150 y 200 kilómetros hacia el este. En total, quedaron incorporados al Reich 90.000 kilómetros cuadrados de territorio, junto con unos 10 millones de personas, polacas en un 80 por 100. El resto de Polonia, conocido como el «Gobierno General», quedó bajo el mando autocrático de Hans Frank, el experto en leyes del Partido Nazi, quien se había granjeado su reputación en la defensa de nazis envueltos en casos delictivos durante la década de 1920 y desde entonces había ascendido hasta convertirse en comisario del Reich para la Justicia y líder de la Asociación Nazi de Abogados. Pese a su lealtad incondicional hacia Hitler, Frank había chocado repetidamente con Heinrich Himmler y las SS, cuya preocupación por las formalidades legales era menor que la de Frank, y enviarle a Polonia era una manera conveniente de marginarle. Además, su experiencia legal parecía encajar con la tarea de construir una nueva estructura administrativa partiendo de cero. Más de 11 millones de personas vivían en el Gobierno General, el cual incluía el distrito de Lublin y partes de las provincias de Varsovia y Cracovia. No se trataba de un «protectora-

do» como Bohemia y Moravia, sino de una colonia, fuera del Reich y más allá de su jurisdicción, donde los polacos que residían en ella carecían de una patria efectiva y de derechos. En una posición de poder casi ilimitado de la que iba a disfrutar como gobernador general, la tendencia de Frank por una retórica cruel y violenta se trasladó enseguida a la realidad de una acción cruel y violenta. Con Forster, Greiser y Frank ocupando las posiciones administrativas principales, toda la Polonia ocupada se hallaba en manos de «antiguos combatientes» curtidos del movimiento nazi, augurando la aplicación sin restricciones de la ideología nazi radical que se iba a erigir en el principio rector de la ocupación.²⁸

Hitler anunció sus intenciones el 17 de octubre de 1939 a un grupo reducido de altos dirigentes. El Gobierno General, les contó Hitler, sería autónomo con respecto al Reich. Iba a ser el emplazamiento de una «dura lucha étnica que no admitirá limitaciones legales. Los métodos no serán compatibles con nuestros principios normales». No iba a ser en modo alguno un ensayo de gobierno eficiente u ordenado. «Ha de dejarse que prospere la “economía polaca”». El transporte y las comunicaciones tenían que mantenerse porque Polonia sería una «cabeza de puente avanzada» para la invasión de la Unión Soviética en algún momento del futuro. Pero, por lo demás, «cualquier tendencia hacia la estabilización de la situación en Polonia debe ser suprimida». No era tarea de la administración «asentar el país sobre bases económicas y financieras sólidas». No debe haber oportunidad alguna que permita a los polacos reafirmarse. «Se ha de impedir que las élites intelectuales polacas se constituyan en clase gobernante. El nivel de vida en el país tiene que seguir siendo bajo; su única utilidad para nosotros es como depósito de mano de obra».²⁹

Los encargados de llevar a la práctica estas políticas drásticas fueron grupos paramilitares locales y grupos operativos de las SS [*Einsatzgruppen*]. En el mismo comienzo de la guerra, Hitler ordenó la creación en Polonia de una milicia de autoprotección de la población de ascendencia alemana, que al poco tiempo quedó bajo los auspicios de las SS. La milicia fue organizada, y luego dirigida en Prusia Occidental, por Ludolf von Alvensleben, asistente de Heinrich Himmler. El 16 de octubre de 1939 dijo a sus hombres: «Ahora

sois aquí la raza dominante. [...] No os ablandéis, sed implacables, y quitad de en medio todo lo que no sea alemán y pueda dificultarnos el trabajo de construcción».³⁰ La milicia comenzó con fusilamientos organizados en masa de civiles polacos, sin contar con autorización alguna de autoridades militares o civiles, en actos generalizados de venganza por supuestas atrocidades cometidas por los polacos contra las gentes de ascendencia alemana. Ya el 7 de octubre de 1939, Alvensleben informó de que 4.247 polacos habían sido sometidos a las «medidas más duras». En el mes transcurrido entre el 12 de octubre y el 11 de noviembre de 1939, la milicia fusiló a unos 2.000 hombres, mujeres y niños en Klammer (distrito de Kulm). Los milicianos condujeron hasta Mniszek, en el distrito de Dragass, a no menos de 10.000 polacos y judíos de las áreas circundantes, los pusieron en fila al borde de graveras y los fusilaron. Las milicias, con ayuda de soldados alemanes, habían fusilado a otros 8.000 en un bosque cerca de Karlshof, en el distrito de Zempelburg, el 15 de noviembre de 1939. Cuando a principios de 1940 se había puesto fin a esa clase de actos, muchos más miles de polacos habían caído víctimas de la ira de los milicianos. Por ejemplo, en la ciudad de Konitz, en la Prusia Occidental, la milicia protestante local, enardecida por el odio y el desprecio hacia los polacos, los católicos, los judíos y cualquiera que no se adecuara a los ideales raciales de los nazis, comenzó el 26 de septiembre por fusilar a cuarenta polacos y judíos, prescindiendo incluso de un proceso judicial de cara a la galería. Su cuenta había alcanzado en enero la cantidad de novecientas víctimas judías y polacas. De los 65.000 polacos y judíos a los que se dio muerte en el último trimestre de 1939, alrededor de la mitad de ellos murieron víctimas de las milicias, en ocasiones en circunstancias espantosas; aquéllos fueron los primeros fusilamientos en masa de civiles en la guerra.³¹

III

En el transcurso de 1939, Himmler, Heydrich y otras figuras destacadas habían tomado parte en un debate largo y denso sobre la mejor forma de organizar los distintos órganos que habían caído bajo

su control desde el inicio del Tercer Reich, incluyendo el Servicio de Seguridad [*Sicherheitsdienst*, SD], la Gestapo, la Policía Criminal y un gran número de oficinas especializadas. Sus discusiones adquirieron un carácter apremiante ante la perspectiva de la invasión venidera de Polonia, en la cual quedaba claro que las líneas de responsabilidad y demarcación entre la policía y el Servicio de Seguridad tendrían que ser redibujadas si tenían que hacerse valer de manera eficaz frente al enorme poder del ejército alemán. El 27 de septiembre de 1939, Himmler y Heydrich crearon la Oficina Central de Seguridad del Reich (*Reichssicherheitshauptamt*, RSHA) para agrupar bajo una única dirección centralizada las distintas divisiones de la policía y las SS. Según se fue ideando a lo largo de los meses siguientes, la Oficina llegó a componerse de siete departamentos. Dos de ellos (el I y el II) dirigían la administración en todas sus diversas actividades, desde las condiciones de empleo a los expedientes del personal. El director inicial, Werner Best, terminó siendo apartado por su rival, Heydrich, en junio de 1940, y sus responsabilidades quedaron repartidas entre personajes menos ambiciosos. El Servicio de Seguridad de Heydrich se ocupaba de los Departamentos III y VI, cubriendo respectivamente asuntos internos y de exteriores. El Departamento IV incluía la Gestapo, con secciones dedicadas a ocuparse de los adversarios políticos (IVA), las iglesias y los judíos (IVB), las «detenciones preventivas» (IVC), los territorios ocupados (IVD) y el contraespionaje (IVE). La Policía Criminal se integraba en el Departamento V, y el Departamento VII había sido creado para investigar ideologías contrarias. Toda la enorme estructura se hallaba en un estado de cambio constante, fragmentada por rivalidades y minada por periódicos cambios de personal. Sin embargo, un grupo de individuos clave aseguraban un mínimo de coherencia y continuidad; muy especialmente su director general, Reinhard Heydrich, el jefe de la Gestapo, Heinrich Müller, y Otto Ohlendorf, que dirigía el Departamento III, Franz Six (el Departamento VII) y Arthur Nebe (el Departamento V). Era a efectos prácticos un organismo independiente que, habiendo obtenido su legitimidad por decisión personal de Hitler, estaba integrado no por los habituales funcionarios legalmente preparados, sino por nazis ideológicamente comprometidos. Un elemento crucial de su razón de ser era politizar a la

policía, muchos de cuyos altos mandos, Müller incluido, no eran fanáticos nazis sino policías de carrera. Al no estar sujeta a las estructuras administrativas tradicionales, la Oficina Central de Seguridad del Reich intervenía en cualquier área en la que Heydrich sintiera necesaria una presencia activa, radical, comenzando por la reorganización racial de la Polonia ocupada.³²

Ahora se actuaba a marchas forzadas. Ya el 8 de septiembre de 1939 se atribuyó a Heydrich la afirmación literal de que «queremos proteger a la gente corriente, pero hay que acabar con aristócratas, polacos y judíos» y expresó su impaciencia, como la del propio Hitler, con la baja tasa de ejecuciones ordenadas por los tribunales militares formales: solamente unas doscientas diarias en aquel momento.³³ Franz Halder, jefe del Estado Mayor del Ejército, creía que «el objetivo del Führer y de Göring es aniquilar y exterminar al pueblo polaco».³⁴ El 19 de septiembre de 1939, Halder recogió unas palabras de Heydrich en el sentido de que habría una «limpieza: judíos, intelectuales, el clero, la aristocracia». Antes de la guerra se habían recogido 60.000 nombres de profesionales e intelectuales polacos; todos serían asesinados. Una reunión entre Brauchitsch y Hitler el 18 de octubre confirmó que la política era «impedir que la clase intelectual polaca se fortaleciera para convertirse en un nuevo estamento de liderazgo. El bajo nivel de vida se mantendrá. Esclavos baratos. Toda la chusma tiene que abandonar territorio alemán. Creación de una desorganización completa».³⁵ Heydrich comunicó a los mandos bajo sus órdenes que Hitler había ordenado la deportación de los judíos de Polonia a territorio del Gobierno General, junto con los polacos que tuvieran una profesión o estuvieran instruidos, a excepción de los líderes políticos, a los cuales se recluía en campos de concentración.³⁶

Apoyándose en la experiencia de la ocupación de Austria y Checoslovaquia, y siguiendo órdenes expresas de Hitler, Heydrich organizó cinco grupos operativos, que más tarde se incrementaron hasta siete, para seguir al ejército en Polonia con objeto de llevar a la práctica las políticas ideológicas del Tercer Reich.³⁷ Sus mandos eran nombrados por una unidad administrativa especial creada por Heydrich y bajo las órdenes de Werner Best.³⁸ Los hombres a quienes designó para dirigir los grupos operativos y sus distintas subunida-

des (*Einsatzkommandos*) eran oficiales de alto rango del Servicio de Seguridad y de la Policía de Seguridad, en su mayor parte hombres bien formados de clase media de entre treinta y cinco y cuarenta años de edad que se habían vuelto de extrema derecha en el transcurso de la República de Weimar. Muchos de los mandos de mayor edad y rango habían formado parte de las unidades paramilitares violentas de Freikorps a principios de la década de 1920; sus subordinados más jóvenes a menudo habían sido iniciados en políticas de la extrema derecha ultranacionalista y antisemita durante su época universitaria a comienzos de la década de 1930. Un buen número de ellos, si bien no la totalidad, estaban imbuidos de sentimientos antipolacos violentos al haber sido miembros de unidades paramilitares durante los conflictos de la Alta Silesia entre 1919 y 1921, al ser originarios de áreas cedidas a la fuerza a Polonia en virtud del Tratado de Paz o en tanto que agentes de policía en la frontera germano-polaca. Best exigía a sus oficiales no sólo que fueran gestores cualificados, experimentados y eficientes, sino que contaran además con alguna clase de experiencia militar.³⁹

Ejemplo típico de esos hombres en más de un aspecto, aunque no en todos, fue Bruno Streckenbach, general de brigada de las SS nacido en Hamburgo en 1902, hijo de un agente de aduanas. Demasiado joven para combatir en la Primera Guerra Mundial, Streckenbach se unió a una unidad de Freikorps en 1919 y participó en la lucha contra los revolucionarios de izquierdas en Hamburgo antes de tomar parte en el *putsch* de Kapp de marzo de 1920. Después de desempeñar varios empleos administrativos en la década de 1920, Streckenbach se afilió al Partido Nazi en 1930 y a continuación, en 1931, a las SS; en noviembre de 1933 se convirtió en oficial del Servicio de Seguridad de las SS, ascendiendo con paso seguro por el escalafón y llegando a director de la Policía del Estado en Hamburgo en 1936, ganándose una reputación por su proceder implacable. Ello le valió una recomendación ante Best, quien le nombró jefe del Grupo Operativo I en Polonia en 1939. Streckenbach se salía de lo habitual principalmente por su relativa falta de logros académicos; varios de los oficiales a sus órdenes tenían doctorados. Sin embargo, al igual que ellos, tenía una historia de compromiso feroz con la extrema derecha.⁴⁰

Streckenbach y los grupos operativos, contabilizando en total alrededor de 2.700 hombres, tenían la misión de crear la seguridad política y económica de la ocupación alemana después de la invasión. Esto suponía no sólo acabar con la vida del «estrato dirigente de la población en Polonia», sino además «combatir en territorio enemigo, en la retaguardia de las tropas de combate, contra todos los elementos que sean hostiles al Reich y a los alemanes».⁴¹ En la práctica esto daba un margen de maniobra considerable a los grupos operativos. Éstos estaban formalmente subordinados al ejército, el cual tenía orden de apoyarlos hasta donde la situación táctica lo permitiera. Ello tenía sentido en la medida en que los grupos operativos tenían por objeto ocuparse del espionaje, la resistencia, los grupos de partisanos y demás asuntos similares, pero en la práctica actuaron en gran parte por su cuenta a medida que las SS desplegaban su campaña masiva de detenciones, deportaciones y asesinatos.⁴² Los grupos operativos disponían de listas de polacos que habían luchado de alguna forma contra el gobierno alemán en Silesia durante los disturbios que habían acompañado a los plebiscitos de la Sociedad de Naciones al final de la Primera Guerra Mundial. Con el fin de proceder a su detención, se señaló en particular a políticos polacos, a dirigentes católicos y a defensores de la identidad nacional polaca. El 9 de septiembre de 1939, el jurista nazi Roland Freisler, secretario de Estado del Ministerio de Justicia del Reich, llegó a Bromberg para abrir una serie de procesos con fines propagandísticos ante un tribunal especial que al finalizar ese año había condenado a morir a un centenar de hombres.⁴³

El doctor Zygmunt Klukowski, director de hospital, empezó a registrar en su diario las ejecuciones en masa de polacos que los alemanes practicaban en su distrito con el menor de los pretextos; diecisiete personas a principios de junio, por ejemplo.⁴⁴ El peligro para él era especialmente grave por su condición de hombre intelectual y profesional. Klukowski vivía con el temor constante a que lo detuvieran, y de hecho en junio de 1940 la policía alemana lo sacó de su hospital para conducirlo a un campo de internamiento donde los polacos eran sometidos a ejercicios físicos de castigo, golpeados «con palos, látigos o con los puños» y retenidos en condiciones repugnantes e insalubres. En el interrogatorio les dijo a los alemanes

que había tifus en su hospital y tenía que regresar para impedir que se extendiera por la ciudad y muy posiblemente les infectase («En mi cabeza me decía “gloria a los piojos”», escribió más tarde en su diario). Lo liberaron de inmediato para que volviese a lo que él describía como su hospital completamente infestado. Había tenido mucha suerte, reflexionó; había evitado que lo golpeasen o le hiciesen dar vueltas al campo de entrenamiento de la prisión y se había ido enseguida. La experiencia, escribió, «superaba todos los rumores. Antes era incapaz de comprender el desprecio metódico de la dignidad de las personas, cómo se podía tratar a los seres humanos mucho peor que a cualquier animal, mientras los abusos físicos que se practicaban con sádico placer se reflejaban claramente en los rostros de la Gestapo alemana. Pero —continuaba— [...] el comportamiento de los prisioneros era ejemplar. Ninguno de ellos pedía clemencia; ninguno mostraba siquiera un ápice de cobardía [...]. Encajaban con entereza todos los insultos, los malos tratos y las vejaciones, a sabiendas de que traen vergüenza y deshonor al pueblo alemán».⁴⁵

Las represalias incluso por las infracciones más triviales eran salviajes. En un incidente en la aldea de Wawer, un médico de Varsovia contó que

un campesino polaco ebrio riñó con un soldado alemán y cuando forcejeaba con él le hirió con un cuchillo. Los alemanes aprovecharon esa oportunidad para practicar una verdadera orgía de asesinatos indiscriminados en presunta represalia por la atrocidad cometida. Mataron a 122 personas en total. Dado que, no obstante, los habitantes de esa aldea, por una u otra razón, quedaban manifiestamente por debajo de la cuota preestablecida de víctimas, los alemanes detuvieron un tren que se dirigía a Varsovia en la estación local del ferrocarril (normalmente en modo alguno hacía parada allí), hicieron descender a varios pasajeros completamente al margen de lo que había sucedido y los ejecutaron de inmediato sin formalidades de ninguna clase. Tres de ellos estuvieron colgados cabeza abajo durante cuatro días en la estación de ferrocarril de la localidad. Un enorme letrero situado sobre el espantoso lugar de los hechos informaba de lo sucedido a las víctimas y amenazaba con que un destino similar aguardaba a toda aquella localidad donde asesinasen o hiriesen a un alemán.⁴⁶

Cuando un mando de la guardia de asalto y dirigente local de treinta años de edad llegó bebido a la prisión de Hohensalza, sacando de sus celdas a los prisioneros polacos y mandando disparar contra cincuenta y cinco de ellos en el acto, asesinando personalmente a algunos de ellos, el único efecto que tuvieron las protestas de otros dirigentes locales fue convencer a Greiser, el gobernador de la región, para que le arrancara una promesa de no tocar el alcohol durante los diez años siguientes.⁴⁷ En otro incidente, en Obluze, cerca de Gdynia, hacer añicos una ventana del centro de policía local derivó en la detención de cincuenta escolares polacos. Al negarse éstos a señalar al culpable, se ordenó a sus padres que los golpearan delante de la iglesia de la localidad. Los padres se negaron, así que hombres de las SS golpearon a los muchachos con las culatas de sus fusiles y acto seguido dispararon contra diez de ellos, dejando sus cuerpos yacentes delante de la iglesia durante un día entero.⁴⁸

Tales incidentes ocurrieron a diario durante el invierno de 1939-1940 y en ellos participaron una mezcla compuesta por tropas alemanas regulares, milicias de individuos de ascendencia alemana y unidades de los grupos operativos y la Policía de Orden. Aunque no se hubiese ordenado al ejército acabar con la intelectualidad polaca, la opinión que la mayoría de soldados y oficiales de menor rango tenían de los polacos como seres inferiores peligrosos y traicioneros les bastaba para poner en el punto de mira a una gran cantidad de intelectuales y profesionales polacos como parte de lo que ellos consideraban medidas de prevención o represalia.⁴⁹ A raíz de la resistencia encarnizada aunque ineficaz que les ofrecieron los polacos, la perspectiva de una guerra de guerrillas contra sus tropas preocupaba enormemente a los mandos del ejército alemán, y adoptaron las medidas de represalia más draconianas cuando sospecharon que esa clase de guerra estaba cobrando forma.⁵⁰ «Si se dispara desde una aldea situada tras el frente —ordenó el capitán general Von Bock el 10 de septiembre de 1939— y resulta imposible identificar la casa de donde procedían los disparos, la aldea deberá quedar reducida a cenizas».⁵¹ Cuando la administración militar de la Polonia ocupada concluyó el 26 de octubre, 531 ciudades pequeñas y aldeas habían quedado reducidas a cenizas y se había ejecutado a 16.376 polacos.⁵² En su enfrentamiento con la resistencia polaca se exacerbó el miedo,

el desprecio y la furia de los soldados alemanes de menor rango. En muchas unidades, los oficiales transmitían palabras de enardecimiento antes de la invasión, haciendo hincapié en la barbarie, la bestialidad y la condición humana inferior de los polacos. El cabo Franz Ortner, fusilero, criticó con saña a los que él llamaba polacos «embrutecidos» que habían asestado, pensaba él, cuchilladas con la bayoneta a los alemanes heridos en el campo de batalla. Un soldado raso, al escribir una carta para su familia, describía las acciones polacas contra las gentes de ascendencia alemana como «brutales». Los polacos eran «insidiosos», «traicioneros», «abyectos»; mentalmente retrasados, cobardes, fanáticos; vivían en «madrigueras que apestabán» en vez de casas: y se hallaban bajo la «sinistra influencia de la judiada». La indignación de los soldados crecía ante las condiciones en que vivían los polacos: «paja asquerosa, humedad, trastos y pantalones de franela por todas partes», escribió uno acerca de un hogar polaco en el que había entrado, confirmando cuanto había oído sobre el atraso de los polacos.⁵³

En el diario de Gerhard M., un guardia de asalto nacido en Flensburg en 1914 e incorporado a filas en el ejército poco antes de la guerra, hay ejemplos típicos del comportamiento normal de los que eran simples soldados. El 7 de septiembre de 1939 su unidad se topó con la resistencia de unos «francotiradores cobardes» en una aldea polaca. Gerhard M. había sido bombero antes de la guerra. Pero en esa ocasión él y los hombres de su unidad redujeron la aldea a cenizas.

Casas que arden, mujeres que lloran, niños que gritan. Un cuadro de sufrimiento. Pero los polacos no deseaban algo mejor. Incluso en una de las rudimentarias viviendas de los campesinos sorprendimos a una mujer reparando una ametralladora polaca. Revolvimos la casa y le prendimos fuego. En poco tiempo la mujer se vio rodeada por las llamas e intentó escapar. Pero se lo impedimos, por duro que fuera. No se puede tratar a los soldados de una manera diferente por el solo hecho de que lleven faldas. Mucho después resonaban en mis oídos los alaridos de aquella mujer. Toda la aldea quedó envuelta en llamas. Teníamos que caminar exactamente por el centro de la calle porque era excesivo el calor de las casas que se quemaban a ambos lados.⁵⁴